

han atraído la vida y los tipos campesinos. Otros también han sentido lo telúrico, pero son muy jóvenes para haber descubierto todavía su verdadera ruta poética de mañana.

JOHN E. ENGLEKIRK,  
*Tulane University.*

DELMIRA AGUSTINI, *Obras poéticas*. Edición oficial.—Montevideo, Talleres Gráficos de Institutos Penales, 1940. xix + 308 pp.

Este tomo, sobriamente presentado, tiene la virtud de reunir toda la obra lírica de la gran artista uruguaya, incluyendo aquellos ensayos poéticos escritos a los diez y once años de edad, que sirven —sobre todo— para ir valorando, tras la forma aún vacilante, o el concepto algo superficial, el anuncio del enorme poeta que fué y sigue siendo —ausente y siempre presente— Delmira Agustini. Basta releer los grandes poemas que bajo el título general de *El libro blanco*, *Los cantos de la mañana*, *Los astros del abismo* y *El rosario de Eros* incluye este libro, para repetirnos, una vez más y con más convicción que nunca, que esta uruguaya genial y trágica, nacida en Montevideo en 1886 y fallecida en la misma ciudad en 1914, figura junto a los grandes valores de la lírica, no ya uruguaya o americana, sino universal. Cierta que hay en algunas de sus estrofas imágenes y expresiones propias de la época en que fueron escritas, y muy especialmente típicas de Darío y de D'Annunzio. Pero sobre estas inevitables y hasta insignificantes características, rutila anchamente toda la fuerza lírica, todo el dramatismo intenso, toda la vibración humana y cósmica de la noble personalidad lírica de Delmira. Tanto en el soneto (del cual son muestras maravillosas "Lo inefable", "La sed", "Por campos de ensueños", "La barca milagrosa", "La estatua" y "Amor"), como en el poema vasto y sinfónico, polirrítmico ("Mi plinto", "Las alas", "Mis amores"), toda la emotividad estremecida de esta artista se condensa en versos de belleza suma, en que una imagen, a veces una sola, resume una riqueza tal de pensamiento, de sensibilidad, de sabiduría estética, que parece imposible que haya sido escrita en plena juventud, o en la adolescencia, y en el ambiente familiar —casi diría colonial— en que Delmira regaló al mundo el sortilegio de su arte, motivo de admiración y de estudios, de índole, no sólo estética, sino también psicológica.

Acerca de esta prodigiosa criatura de ensueño, de tragedia y de gloria, corresponde avocar las palabras de Juana de Ibarbourou: "es, después de Teresa de Cepeda, la más fuerte voz femenina que se ha alzado en idioma castellano".

Esta edición —impresa por iniciativa del Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay— lleva un interesante e intenso prólogo que firma el destacado escritor uruguayo Raúl Montero Bustamante.